

«PARA QUE NOS ENTIENDAN Y QUE NOS ENTENDAMOS»

Quien conozca los poemas de Jaime Gil de Biedma sabe que no se puede hablar del alcance de su obra en unas pocas líneas. Sabe, en cualquier caso, que con Gil de Biedma se produce un fenómeno extraordinario e infrecuente: basta con leer una vez uno de sus poemas, para que éste se nos quede grabado en la memoria literaria. Si Jaime Gil no hubiera sido un poeta extremadamente culto e inteligente, si no hubiera sido uno de los más señalados escritores de la «poesía de la experiencia» (la experiencia posible, no necesariamente la vivida, y, en cualquier caso, la experiencia propuesta como «tema» poético por la voz que habla en el poema), es decir, si la obra de Jaime Gil no hubiera actuado de puente entre generaciones, y entre la tradición clásica y la ruptura de los años 70 recreando, por ejemplo, el soliloquio romántico en unos poemas antirrománticos por excelencia, o de puente entre la mejor poesía inglesa y una juventud formada en la autarquía cultural; sin sus lúcidos y antirretóricos ensayos críticos, tal vez el hecho al que aludía habría sido puesto de manifiesto por la crítica como su rasgo más significativo.

El caso es que había y hay tanto que comentar y releer en la poesía de Jaime Gil, que se nos ha escapado este algo tan extraordinario e infrecuente: en su voz se han reconocido, como mínimo, dos generaciones de lectores; su poesía despierta la sensibilidad poética incluso de los lectores no interesados por la poesía; estamos, en suma, ante un poeta culto de alcance popular, empleando estas palabras con todas las reservas e incluso conciencia de

que al poeta le habrían irritado por la manipulación a que puede dar pie en términos «populistas», de los que abominaba racional y razonadamente. Y sin embargo, ¿no es esta capacidad de inmediata seducción y fijación en la sensibilidad del lector la que, en definitiva, singulariza a un gran poeta al margen de su estética e incluso de la grandeza o llaneza de su registro poético?

A más de una discusión coloquial, pero también académica, he asistido, en la que alguien se preguntaba cómo un poeta de tan escasos y prosaicos versos era capaz de despertar el respeto e incluso devoción de sus contemporáneos. A partir de este falso enigma, la discusión podría eternizarse sobre las preferencias de unos y de otros por la buena «poesía menor» frente a la mediocre «poesía mayor». Pues bien, con ser desde siempre un defensor de la excelencia de la obra de Jaime Gil, creo que hasta hoy, un día después de su fallecimiento, no he atinado a vislumbrar una sencilla evidencia: de indudable registro menor, la poesía de Jaime Gil es grande porque es capaz de

conectar de inmediato con el lector, seduciendo su sensibilidad, espoleando su inteligencia y, en último extremo, «formando» a su lector. Dicho en otras palabras, un poeta es grande cuando su voz es reconocida como propia por sus contemporáneos. No basta con ello, por supuesto, pero sin este reconocimiento, al poeta no cabría calificarlo de grande.

El enigma, pues, radica en realidad en cómo un poeta que ha meditado con ironía y distancia, sobre todo sobre temas calificados de «elitistas» hasta bien adentrados los años 60, como son los del amor y el paso del tiempo, ha podido convertirse en la voz lírica de sus contemporáneos. Sería necesario hablar aquí de los hallazgos «tonales» de su obra, auténtica



clave de su poesía, pero es un tema complejo y que requiere espacio. Podemos, en cambio, aludir a un dato previo que aporta, también con toda sencillez, otra de las claves fundamentales de aquel reconocimiento: su concepción ética de la estética, conforme a lo cual «...los poemas son/ un modo que adoptamos/ para que nos entiendan/ y que nos entendamos».

José Luis **GIMÉNEZ-FRONTÍN**